

Capítulo 6

Olas de violencia en Acapulco

María Fernanda Salgado Bautista¹

Dulce María Quintero Romero²

<https://doi.org/10.61728/AE20253967>



¹ Universidad Autónoma de Guerrero. Maestra en Humanidades. 10128501@uagro.mx

² Universidad Autónoma de Guerrero. Doctora en Desarrollo Regional. dulcenic@yahoo.com.mx

Introducción

Acapulco, Guerrero, México, a lo largo de su historia siempre ha estado inmersa en constantes olas de violencia, que la muestran como una ciudad-puerto víctima de una violencia sistémica, definida esta como “la famosa ‘materia oscura’ de la física, la contraparte de una (en exceso) visible violencia subjetiva [...] y esta se experimenta como tal en contraste con un fondo de nivel cero de violencia. Se ve como una perturbación del estado de cosas ‘normal’ y pacífico” (Zizek, 2009, p. 10). Y de este estado “normal” de cosas se han derivado otros tipos de violencia que en mayor o menor grado han ido afectando a la población acapulqueña.

Actualmente, esta región del Pacífico mexicano, en el estado de Guerrero, se encuentra en zozobra e incertidumbre después del paso del huracán “Otis”, que desnudó a la ciudad, al derribar su infraestructura arquitectónica y arrasar con gran parte de su cubierta vegetal, pero sobre todo vino a visibilizar y acentuar más la desigualdad social en la que viven los acapulqueños.

Para tratar de comprender por qué existe el panorama violento en Acapulco, es preciso revisar el pasado, recuperando elementos que permitan comprender el contexto social presente, ya que “una sociedad requiere antecedentes” (Juárez Romero, 2012, p. 36), que ayuden a explicar los elementos que hacen posibles varios escenarios de violencia.

La desigualdad como violencia permanente en Acapulco

La historia del desarrollo turístico del puerto muestra que la ciudad fue construida a base del despojo y robo, en donde los lugareños fueron marginados y confinados a espacios en condiciones desventajosas, a pesar de ser el recurso humano que sostiene la industria del turismo. Esto permite entender su transformación de un pueblo de pescadores a una ciudad de reconocimiento nacional e internacional, cuyo cambio implicó

una marcada diferenciación entre las zonas que atienden al turismo y las destinadas a los lugareños, para quienes solo hubo acelerados procesos de cambio, donde a los lugareños solo les ha tocado padecer esta apertura a los visitantes.

Así el Acapulco “de progreso” anunciado por los gobiernos, que apostaron al turismo como palanca de desarrollo, terminó en una falsa ilusión para sus pobladores, ya que solo ha respondido a los intereses del capitalismo a nivel global, con una industria que ha favorecido la instalación de empresas hoteleras en tanto para la población “se acentuaron las desigualdades económicas, ya que lo racional y conveniente en el sistema capitalista del que forma parte el turismo, es que el capital se invierta allí, en donde la tasa de ganancia es más elevada” (Valenzuela Valdivieso y Coll-Hurtado, 2009, p. 173).

Con ello los acapulqueños experimentan una violencia estructural, ligada al sistema socio-económico capitalista pues “las violencias estructurales refieren al acrecentamiento de las desigualdades económicas, culturales, territoriales, sociales, étnicas y políticas que atraviesan el amplio y variado entramado urbano del país y que, entre otras cosas, se manifiestan en una creciente exclusión, segregación, fragmentación y vulnerabilidad social” (González Hernández, 2015, p. 3).

La violencia sistémica que se impone en Acapulco, segrega, fragmenta, excluye y pone en mayor vulnerabilidad a una gran parte de la población, ello ligado al neoliberalismo, como modelo económico en donde “las desigualdades sociales existentes al interior de los Estados se acentuaran con la alianza establecida entre las empresas transnacionales, los capitalistas locales y las elites políticas nacionales” (Maldonado Gutiérrez, 2009, p. 393). Lo que hace posibles alianzas, en un entramado basado en sus intereses, principalmente económicos, que han aperturado zonas o lugares en donde favorecen a sus objetivos.

La desigualdad que se vive en esta ciudad es visible en las diferencias territoriales del lugar: “[...] Se agudizó la desigualdad entre viejas y nuevas zonas de crecimiento urbano, ante el evidente favoritismo hacia la actividad turística y sus espacios de ocupación, que a su vez originó restricciones para otras actividades”. (Valenzuela Valdivieso y Coll-Hurtado, 2009, p. 177). Lo que explica la existencia de un Acapulco turístico

y un Acapulco marginado, cuyos integrantes están limitados para ingresar o disfrutar de ciertos lugares, por su condición desigual que los restringe en diferentes aspectos.

La transición de Acapulco como ciudad turística trajo consigo varios cambios, en la dinámica de vida de sus habitantes que pronto se vieron invadidos por grandes cadenas multinacionales, cuya llegada se justificó para generar empleos, pero sin reconocer la violencia sistémica que su presencia implicaba:

Las causas estructurales y sistémicas de la violencia urbana se ubican en las relaciones sociales de producción, y que el actual modelo de desarrollo, centrado en las estrategias de las grandes corporaciones multinacionales —como la relocalización de la producción y el empleo de trabajo barato—, confinan a las ciudades mexicanas como un conspicuo apéndice de las cadenas globales de producción, comercio y servicios, y cierran el paso a cualquier tentativa de desarrollo nacional (González Hernández discutir, 2015, p. 4).

Y es que los problemas sociales que experimenta ahora Acapulco tiene su raíz en el sistema socioeconómico y en su modelos de desarrollo, en donde su territorio fue aprovechado por la elite capitalista que siempre busca sacar beneficio los espacios que les pueden servir tanto para instalar sus empresas, como para obtener mano de obra barata, a la vez que dejan aislada la posibilidad de que el comercio local o nacional se pueda desarrollar en dichas zonas contraviniendo con ello cualquier posibilidad de desarrollo humano y condenando a la población a procesos de desigualdad cada vez más profundos.

La ocupación de las cadenas transnacionales en las mejores zonas del puerto, próximas a las playas, muestra de lo que Márquez describe como “el capitalismo triunfante genera, además de una arquitectura de poder transnacional y de un esquema de acumulación mundial centralizada, una cultura hegemónica global, como reflejo de la matriz económico-política que concentra poder y riqueza en las élites”. (Márquez Covarrubias, 2013, p. 119). Es decir que se establece en cualquier ciudad los patrones arquitectónicos y culturales propios del capitalismo como un “modelo

global”, al mismo tiempo que impone y adquiere más poder e ingresos económicos.

Con ello, las clases marginadas y excluidas, aparte de ser víctimas del despojo y la exclusión, son conducidas a una desigualdad territorial y posteriormente cultural, haciendo de nueva cuenta que esta manifestación cultural hegemónica conviva o se mezcle con otras formas de vida y exista un contraste palpable: “Las expresiones, esplendores y refinamientos de la cultura coexisten con formas aberrantes de deterioro del tejido social y, en general, de las condiciones de vida y trabajo del pueblo” (Márquez Covarrubias, 2013, p. 119).

Eso favorece a una cultura hegemónica que permite la existencia de condiciones anormales y decadentes de la sociedad, tanto laborales como de existencia. Esta ideología cultural llega a los sectores más vulnerables, mismos que a la vez hacen lo posible, al tratar de entrar en estos patrones culturales, pero que en su mayoría no cuentan con los ingresos económicos para llevar el estilo de vida que la industria y cultura imponen.

En Acapulco, las diferencias en la parte turística de la ciudad en comparación con la zona periférica son visibles y muestran lo que Humberto Márquez refiere: “A los muros que dividen los territorios centrales de los periféricos, y a la segregación socioterritorial entre ricos y pobres en las grandes ciudades, se agrega la edificación de barreras culturales derivadas del intercambio cultural desigual y del imperialismo cultural [...]” (p. 120). Estas barreras territoriales y culturales marcan más las desigualdades, y el libre tránsito de un lugar a otro, abonando a “la fragmentación que lleva al habitante de la ciudad a comportarse como un forastero, porque cuando no camina por senderos habituales hacia los lugares de trabajo o de residencia y se sale de su territorialidad cotidiana (barrio), inmediatamente se le hace sentir forastero y, por tanto, se le exige identificación, como si fuera necesario un pasaporte o una visa para transitar de un barrio hacia otro y en cada uno de ellos se expresa como unidad cerrada y autárquica” (Carrión, 2002, p. 121).

Los acapulqueños se convierten en extraños de su propia comunidad o lugar de origen a partir de las diferencias que marca el sistema. Lo que hace posible es que, aun viviendo en el mismo lugar, existan sitios en donde difícilmente pueden ingresar, ya sea por su condición económica,

cultural o hasta racial. Con ello se hace presente una nueva colonización e imposición en lugares “subdesarrollados”, que abonan al llamado tedio cultural como “la sensación de malestar en la cultura deriva de la crisis civilizatoria del capitalismo contemporáneo y de las enormes brechas de desigualdad social” (Márquez Covarrubias, 2013, p. 119). Mismas brechas que permiten una diferenciación entre ricos, clase media y pobres y remarcan sus diferencias en distintos ámbitos, a partir de lo cual se le da prioridad a una clase sobre otra.

Ello en las lógicas de un sistema capitalista donde siempre prevalecen los intereses económicos que incuban la expansión y profundización de las desigualdades sociales, puesto que “no se trata de un proyecto de cultura general, sino de un proyecto de dominación de unas clases sociales, una oligarquía, sobre otras, los pobres de la tierra, que entronizan el fetichismo cultural (plutocracia, dinero, fama; crecimiento, rentabilidad, competencia), no la equidad, libertad y ética” (Márquez Covarrubias, 2013, p. 119).

La dominación de clases se consolida en donde los pobres son los más afectados, pero también son quienes dan poder al fetichismo cultural, que se relaciona con el culto al dinero y a la idea de que todo tiene un precio económico dejando a un lado cualidades, facultades o normas que ayuden a la humanidad. Para este sistema socioeconómico le resulta conveniente ignorar el origen de las desigualdades e implementa herramientas o ideologías que hacen creer que cada persona en condición desigual puede llegar por su propia cuenta a una igualdad y es aquí donde:

[...] la efectividad de la ideología es hacer tabla rasa de las desigualdades sociales, para justificar, a trasmano, los grandes intereses establecidos, pues siempre queda sembrado el señuelo para que los desposeídos se hagan la ilusión de que la aceptación del orden vigente incluye la posibilidad del ascenso social si se cultivan los valores individualistas, egoístas y mercantiles” (Márquez Covarrubias, 2013, p. 120).

Es así como el sistema moldea las condiciones para mantener la ilusión de escalar social y económicamente para que los desposeídos mantengan esta creencia y al mismo tiempo sean la base trabajadora que hace que

este sistema funcione. Así la desigualdad pasa a ser parte de esta violencia sistémica y consecuencia de este modelo neoliberal y en muchas ocasiones son los sectores más vulnerables los que quedan en condiciones marcadamente desiguales con cambios en la urbanización que transforma el comportamiento, conducta y hábitos de los lugareños o residentes de la ciudad. Son entonces víctimas de una violencia estructural o sistémica, misma que coloca en una desigualdad social que los lleva u obliga a buscar formas de mejorar sus condiciones de vida, aceptando empleos mal pagados o participando de actividades ilícitas, lo que “ha propiciado una descomposición sin precedentes del tejido social que afecta, principalmente, a los niños, jóvenes y mujeres y que se recrudece en las periferias de las zonas urbanas”. (Márquez, 2012, p. 68).

Ello agrava las consecuencias y los peligros de vivir en sociedad y favorece olas de violencia en las ciudades, en donde emergen diferentes tipos de vicios, carencia de servicios públicos, inseguridad, etcétera, y hace cada vez más lejana la interacción, solidaridad, empatía, organización entre la población, lo cual pone el escenario perfecto para la individualización, egoísmo, violencia, entre demás cosas.

La intensificación de desigualdades conlleva el surgimiento de otros problemas sociales y, al ser la única opción la industria turística, gran parte de la población queda a expensas de los empleos generados en las zonas turísticas del puerto. Esto conlleva que las personas que viven en colonias lejanas tengan que trasladarse en trayectos muy largos, observando en el camino las diferencias que existen entre territorios y la prioridad que se le da a ciertas zonas de Acapulco, y les hace evidente su exclusión.

Son los trabajadores marginados, explotados y olvidados los que mantienen en pie la industria turística de Acapulco. Independientemente de que haya disminuido el turismo internacional, el puerto es aún uno de los lugares en donde se generan mayores ingresos en la entidad, aunque el destino de las cuentas bancarias de cadenas transnacionales o de los empresarios extranjeros, quienes buscan invertir y obtener recurso humano barato. “Se observa una desigualdad que marca momentos de tensión y confrontación, en especial en las colonias populares de la periferia, en contraste con espacios exclusivos y controlados hacia la bahía de

Acapulco asociados con el turismo (Padilla y Sotelo, De Sicilia Muñoz y Ángeles Dorantes, 2021, p. 3).

Y están también los prestadores de servicios del sector informal que muestran lo que Márquez refiere como “el nexos íntimo del capitalismo con la violencia es un constante motor propulsor de la expansión del capital, que se ensaña más en las periferias del mundo” (Márquez, 2017, p. 191); quienes, además de falta de seguridad laboral, cotidianamente enfrentan la falta de suministro de agua potable, problemas de transporte, luz, seguridad, vivienda, etcétera, un sinnúmero de circunstancias que parecieran no tener fin.

Un turismo en escenarios de violencia

A partir de los años noventa en Acapulco, la actividad turística internacional comenzó a declinar, por lo que el gobierno puso en marcha su proyecto de “Acapulco Diamante”, con el cual pretendía atraer al turismo de clase social media o alta, ya que esta nueva zona turística proyectaba acciones que la oferta turística vigente. Aunque, al igual que en proyectos anteriores, esto requirió de acciones de violencia en donde, a través de amañadas expropiaciones, los ciudadanos de ese lugar fueron despojados y reubicados en otras zonas más alejadas.

La propuesta se enmarcaba en la dinámica de disputa de los espacios en torno a la “Bahía de Santa Lucía”, en la que “[...] se agudizó la desigualdad entre las viejas y nuevas zonas de crecimiento urbano, ante el evidente favoritismo hacia la actividad turística y sus espacios de ocupación, que a su vez originó restricciones para otras actividades”. (Valenzuela Valdivieso y Coll-Hurtado, 2009, p. 177). Se proyectaba generar inversión y se logró, aunque en materia de empleos bien remunerados, esto quedó pendiente: “[...] el puerto de Acapulco podrá ser una de las localidades que goza de menor desempleo a nivel nacional, pero las condiciones sobre las cuales se contrata mano de obra no son las mejores. Pareciera ser que esta economía, más que generar empleo, está generando subempleo” (López Velasco, 2009, p. 98).

En cuanto a la violencia ligada a los grupos del crimen organizado en esta ciudad turística, si bien esta se vincula al fortalecimiento de los

grupos criminales, también se relacionan las condiciones que privan en Acapulco. Como lo discute Vázquez, “los traficantes de drogas mexicanos se benefician de las condiciones de necesidad y marginación para sus negocios ilícitos”. (Vázquez Valdez, 2017, p. 15). Ya que ven ahí un punto vulnerable para reclutar a sus trabajadores, o ellos mismos se perfilan a estos grupos con tal de tener mayores ingresos de forma rápida.

Es importante entender que los lugareños que son parte de estas disputas violentas por territorio en muchos casos lo hacen a partir de las condiciones desventajosas que los coloca un sistema, al limitarlos por su pobreza, marginación y precarización laboral. Factores que facilitan su vinculación a las actividades ilícitas, como parte de otras formas de violencia en las que están inmersos, y pasan con más facilidad a ser agentes de violencia, al aceptar integrarse a grupos del crimen organizado y participar de la disputa por el control de territorios.

La “guerra contra el narcotráfico” emprendida por el expresidente Felipe Calderón generó las condiciones para esta inserción, ya que con los reacomodos de los grupos criminales y su proliferación, aumentó el reclutamiento de estos jóvenes. Calderón llegó en 2006 a la presidencia de México, un país ya convertido en epicentro de los grandes carteles de la droga, y dijo: “Si se preguntan si las cosas pueden cambiar, la respuesta es sí. Y van a cambiar para bien y para cumplir su promesa, mandó a las calles al Ejército y se lanzó a una guerra frontal contra el narcotráfico”. (Pardo Veiras, 2016, p. 34). Pero los cambios no resultaron y se generó un clima aún más violento, a la par que el poder y la corrupción pronto cegaron a las “autoridades” correspondientes de velar por la seguridad y cumplimiento de los derechos humanos.

Acapulco no pudo escapar a esta inestabilidad social, al ser un territorio importante para el consumo, la distribución de droga y cualquier negocio ilícito ligado al disfrute y el esparcimiento, y esto la colocó en medio de las olas de violencia emprendidas por esta “guerra” y si bien cuando Calderón asumió la presidencia, las estadísticas nacionales e internacionales señalaban que el país vivía la menor violencia de su historia (solo por 8 homicidios por 100 000 habitantes); después de la guerra, este nivel se incrementó” (Aguilar Valenzuela y Castañeda, 2012, p. 15), y en el puerto alcanzaron cifras alarmantes.

Pero los indicadores de la violencia en Acapulco y en México no pueden reducirse solo a las cifras de personas que perdieron la vida o de muertos ligados a la lucha contra la droga, “se desarrollan verdaderas industrias del secuestro, de la extorsión de fondos, de la prostitución, del tráfico de personas y de órganos”. (Aguilar Valenzuela y Castañeda, 2012, p. 42). Esto como parte de los negocios que emprendieron los grupos del crimen organizado, que han mostrado el fracaso de esta “guerra”, ya que en vez de disminuir los escenarios de violencia, hubo un auge de ella en varias partes del territorio mexicano y surgieron los derechos de piso cobrados a personas y empresas en varias ciudades con expansiones en territorios y actividades ilícitas en diferentes aristas y espacios.

Pero la violencia entre grupos delincuenciales o en contra de elementos policiacos o militares a nivel nacional, pronto se concentró en unos estados más que otros, debido a la división de grupos que ya existían, al conflicto de intereses y el dominio de territorios, y estados como “Michoacán, Guerrero o Tamaulipas perdieron la capacidad de regulación y dominio territorial y, como consecuencia, distintas bandas del narcotráfico empezaron a controlar en vastas áreas”. (Bergman, 2016, p. 124). La disputa por territorios y control de ellos generó una altísima violencia en Acapulco, Guerrero.

Y es que, si bien varios estados del país sufrieron o siguen padeciendo la violencia, el puerto fue uno de los más afectados “desde hace más de 10 años, cuando comenzó la llamada ‘guerra contra el narcotráfico’ Acapulco, Guerrero, fue una de las ciudades más azotadas por la violencia”. (Infobae, 2021). Una muestra está en episodios violentos ocurridos en este destino turístico con imágenes que nunca pensaron pudieran presenciarse en esta ciudad turística, y una ciudad amada por los turistas, extranjeros principalmente, pasó a ser una ciudad temida cuando las olas de violencia alcanzaron al turismo. “En menos de cuatro décadas, luego de ser un destino turístico con reconocimiento internacional que ofrecía descanso, tranquilidad y diversión, Acapulco se convirtió en la tercera ciudad más violenta de Latinoamérica; donde lugareños y visitantes son amenazados” (Quintero Romero, 2017, p. 23).

Así este destino entró de nuevo en decadencia y los medios de comunicación propagaron la información de la violencia desatada por grupos

del crimen organizado, que fue visible en dos episodios en el 2006 con “la llegada del Tony Tormenta, del cártel del Golfo, a pelearles el territorio a los del cártel de Sinaloa, comandado por Joaquín Guzmán Loera, alias El Chapo, y el enfrentamiento en la Garita” (Espino, 2012, p. 35). Todo esto por el control de Acapulco, sin embargo, fue el comienzo de una historia marcada por un ambiente de zozobra, miedo e inseguridad para los habitantes y visitantes de esta ciudad.

El entorno de violencia generó bajas en la ocupación del turismo internacional con afectaciones a empresarios, prestadores de servicio, pequeños negocios y hasta las cooperativas de los prestadores de servicios, quienes además de la disminución de visitantes, han tenido que padecer extorsiones o cobros de cuotas, como parte de las reglas impuestas por los grupos delincuenciales al posesionarse de los territorios. Pronto la zona turística no estuvo exenta de estos episodios violentos pues estos se fueron expandiendo, y si bien antes ocurrían en las colonias alejadas de la zona turística, los enfrentamientos o actos delictivos se sucedieron a cualquier hora y lugar. Esto ha generado alarma a los empresarios que con la violencia han resentido bajas en sus negocios “la idea del empresario es blindar la seguridad de esta área, pero también diferenciarse de la mala marca que ya es Acapulco” (Tejado Dondé, 2021).

La propuesta de que la zona turística sea considerada un lugar seguro tiene que ver con los intereses económicos y la búsqueda de garantizar ganancias, sin importar la seguridad de sus trabajadores, quienes en su mayoría, al vivir en zonas más alejadas, quedan expuestos a los riesgos. Pero poco a poco los escenarios de violencia se expandieron por calles acapulqueñas, ya sean en colonias marginadas o céntricas, ya que la evolución y expansión del crimen organizado siguió la misma lógica en todo el territorio nacional, en una ruta de expansión del tráfico de droga.

En el caso de Guerrero, emergen de manera más visible en los primeros años del siglo XX debido a la fuerza e impacto de las actividades ejercidas por estos, o bien cabe preguntar: ¿por qué estos grupos encontraron las condiciones ideales para establecerse o mirar al sur como uno de los lugares idóneos para ejercer sus actividades delictivas en Guerrero?

La entidad ha sido catalogada como uno de los estados más pobres del país, el segundo después de Chiapas y quedando en tercer lugar Oaxaca.

“Están en pobreza extrema 907 629 habitantes, que son 25.5 por ciento del total”, revela el informe del Coneval con datos de 2020. (Gracida Gómez, 2021, p. 21). Lo que pudiera explicar este hecho: “Los traficantes de drogas mexicanos se benefician de las condiciones de necesidad y marginación para sus negocios ilícitos” (Vázquez Valdez, 2017, p. 15). O también viceversa, las personas que viven en estas condiciones deplorables ven ahí la oportunidad de tener mejores ingresos para mejorar su calidad de vida.

Las condiciones dadas por una violencia sistémica brindan a los grupos criminales la posibilidad de encontrar recursos humanos para integrar a sus equipos de trabajo; la mayoría de ellos son personas jóvenes que tarde o temprano se vuelven agentes de violencia. Espino describe la situación de gran parte de los jóvenes en Acapulco: “Terminan de chalanos o de choferes, [...] lavando automóviles o vendiendo cualquier suerte de baratija; de payasos o cantando en los mismos automotores que llegan a sus colonias [...] inhalando bajo puentes y desagües tiner o pegamento 5000 en recipientes o bolsas de plástico. O asaltando transeúntes o pasajeros”. (Espino, 2012, p. 41). Estos destinos infortunios son tanto para hombres como para mujeres.

En su mayoría son de escasos recursos y, por diferentes motivos, llegaron a estos lugares, en donde son fáciles de reclutar. “Estas áreas son fértiles para enganchadores de dealers. Pululan muchachos que sueñan con ganar hasta dos mil pesos diarios por la venta de grapas”. (Espino, 2012, p. 42). Así las condiciones sociales se ligan al fortalecimiento de los grupos delincuenciales y sus nuevos empleados “lo aceptan porque es lo único con lo que pueden acceder rápido y en definitiva a la vida disipada que Acapulco ofrece en su página web: ropa de marca, comida en abundancia, vida nocturna y mujeres que en otras condiciones no hubieran ni siquiera soñado. Lo hacen porque nada tienen y nada pierden”. (Espino, 2012, p. 42). Siendo parte de negocios ilícitos, los jóvenes han encontrado una forma de acceder un poco a la vida lujosa que les prometía el Acapulco turístico.

Son los jóvenes de las colonias marginadas de Acapulco, las que se construyeron a partir también de una exclusión territorial en donde se marcaron bien los límites y las diferencias en varios aspectos, con una

“segregación residencial y social”. Basta recorrer Acapulco para constatar que las barreras existen no solo entre los espacios físicos de la zona marginada y turística, sino también dentro de esta. Una ciudad donde emerge un discurso clasista: el hecho de pertenecer a zonas marginadas y pobres es sinónimo de criminal, y ser jóvenes es participar de una actividad turística que lo permite todo, ligada a una cultura imperante en la que deben triunfar a toda costa y en donde “yo soy = lo que tengo y lo que consumo” (Fromm, 2015, p. 49). Y es quizá ahí donde estén los motivos por los cuales muchos jóvenes optan por pertenecer voluntaria o involuntariamente a los grupos de delincuencia organizada.

Espino advierte que “[...] a veces, por la misma marginalidad y falta de horizonte al cual aferrarse, se enrolan en la delincuencia; primero trabajan como meseras y luego como prostitutas. Las más bonitas se van a los bares de allá, de Acapulco —dice, como si Renacimiento fuera un lugar ajeno a la ciudad”. (Espino, 2021, p. 14). Esta es la salida para muchos jóvenes que evaden los bajos salarios, largas jornadas o empleos precarizados, y optan por la otra marginalidad que conlleva la ilegalidad y la clandestinidad, como lo muestran los testimonios de jóvenes, tanto de hombres como de mujeres, que se han vinculado a los grupos del crimen organizado en la vida nocturna y sus zonas repletas de bares del Acapulco turístico, y que es ahí donde se da el anclaje perfecto, ya que abundan los reclutadores.

Están también los vendedores ambulantes, hombres y mujeres jóvenes que realizan largos recorridos en las playas ofertando servicios y productos, y enfrentan la crítica de ser una “mala imagen” o “molestan al turismo”; hay quienes consideran que son consecuencia de la desigualdad existente: “[...] para unos, un medio de vida; para otros, un medio de sobrevivencia, en donde la mayoría de los integrantes de una sociedad que protesta por la mala distribución de la riqueza” (Cuevas Moctezuma, 2005, p. 19). Son parte de un comercio informal de sobrevivencia, ante la falta de empleo o de oportunidades de ocupación, aunque se asegure que “el ambulante es un cáncer que tarde o temprano va a matar al sector turístico”, enfatiza el dirigente de los comerciantes de la Costera, mientras observa cómo uno tras otro los ambulantes acosan sin descansar a los visitantes que se recuestan en la playa” (Novedades de Acapulco, 1997, citado en Cuevas Moctezuma, 2005, p. 28).

Gran parte de estos trabajadores formales o informales son migrantes de otras partes del estado o entidad: “[...] Son personas provenientes de otras ciudades y pueblos como San Juan Mixteco, Taxco y Chilpancingo Guerrero, del estado de Michoacán y del mismo puerto de Acapulco, que buscan una mejora económica y hacen la actividad comercial informal su fuente de ingresos para subsistir y mantener a sus familias (necesidad), ya que no cuentan con otra fuente de empleo y no tienen una preparación profesional”. (Cuevas Moctezuma, 2005, pág. 63). Ellos llegaron hace décadas a Acapulco en la búsqueda de progreso y oportunidades, que fue solo promesa. Y recorren las playas todos los días recibiendo las migajas de la actividad turística, bajo el sol con jornadas extenuantes, sin seguridad de ningún tipo, y con la posibilidad latente de optar por otras opciones ilegales, con tal de obtener ingresos económicos y tener un modo de subsistencia.

Y es que las expectativas para los jóvenes marginados son limitadas a “migrar, conseguir una beca de estudios, enrolarse en el Ejército o participar en alguna banda criminal, conformaron las opciones disponibles para los jóvenes de las clases populares, con el añadido de que cualquiera de estas vías del ascenso social los empoderaba” (Illades y Santiago, 2019, p. 16). Además de que pertenecer a estos grupos y empuñar un arma también les da el poder que nunca imaginaron, como menciona Foucault: “[...] las masas pudieran soñar con comer bien, pero no con ejercer el poder” (Foucault, 2019, p. 69). De tal manera que el poder se convierte en un arma y herramienta principal para ejercer un uso de este, positivo o negativo.

Es innegable que estas condiciones, “la pobreza y la falta de oportunidades”, aportaron el contingente humano de la economía criminal. (Illades y Santiago, 2019, p. 16). Es decir, los trabajadores o agentes de violencia de estos grupos criminales, quienes en los últimos años han tenido un impacto fuera de México. “El crimen organizado internacional es un fenómeno dinámico articulado en forma de tráfico (heroína, cocaína, prostitución, objetos falsos, armas, recursos, personas...) que afectan a numerosas regiones del mundo”. (Fernández-Montesinos, 2017, p. 8). A tal punto se discute y sustenta que estos grupos pueden considerarse como una empresa.

Los empresarios de la violencia

En el narcotráfico, los agentes de violencia son integrantes o empleados de los grupos del crimen organizado que han desatado muchos escenarios violentos. “[...] es un negocio y quienes se dedican al mismo son empresas, empresas ilegales sí se requieren, pero empresas con una cultura empresarial propia, violenta, sí, pero cultura” (Fernández-Montesinos, 2017, p. 3). Siendo de tal manera estos nuevos “empresarios” un foco principal de violencia en el país, misma que se da por la defensa de los territorios donde operan.

Son quienes han vivido dentro de la ilegalidad, aprovechando, como lo han hecho otros en el capitalismo, las condiciones de desigualdad de la población para obtener los “recursos humanos” que necesita la operación de sus empresas lícitas o ilícitas, las cuales han llevado a cabo procesos de construcción, estructuración, expansión y reestructuración; cuando así se requiere, “producen un rápido enriquecimiento de los emprendedores ‘exitosos’”. Esto les brinda capacidad de corromper autoridades, de armarse en poco tiempo y de reclutar ejércitos paralelos ofreciendo pagos muy superiores a los existentes en el mercado laboral” (Bergman, 2016, p. 112). Y la obtención rápida de ingresos les ha permitido agilizar trámites o permisos y comprar lo necesario para trabajar libremente en la legalidad, así como reclutar personas para su empresa.

A la par que ponen en operación nuevos negocios, también “generan incentivos para defender a través de la violencia territorios y plazas, y una alta especialización en el contrabando” (Bergman, 2016, p. 112). Es decir que, al igual que los capitalistas, están en la búsqueda de conservar el monopolio de los mercados para sus empresas y, posteriormente, sus ganancias, sin tomar en cuenta el ambiente de violencia que imponen.

El crimen organizado se ha convertido en una empresa que diversifica sus actividades ilegales o legales a lo largo del territorio nacional “el capitalismo criminal es brutalmente racional, subordina todo lo que toca a la implacable lógica de la maximización de la ganancia carece de cualquier contención moral o legal para su reproducción” (Illades y Santiago, 2019, p. 32). Es decir, se mantiene con las mismas características del capitalismo legal, como el hecho de tener como prioridad el interés de generar

más ganancias sin importar qué o a quiénes tengan que dañar con tal de lograr sus objetivos. Lo relevante es que la delincuencia organizada ha tomado el control de muchos territorios y de lo que se encuentra dentro de estos, como son negocios, policías; en general, tienen el control de las calles con presencia en los ámbitos económicos y políticos.

Al igual que las empresas necesitan empleados, los mismos que son reemplazables y fáciles de conseguir en donde las condiciones de desigualdad social y económica prevalecen. Y quizá una característica relevante que se hace presente en Acapulco es cómo el “cobro de cuotas” ha permitido una subordinación para quienes deben pagarlas. Se trata no solamente de la entrega de un dinero semanal; va más allá, es un condicionamiento a través del cual los prestadores de servicios aceptan no solo aportar lo solicitado, sino participar de su recolección. “Cada semana nos entregan una lista y una libreta y nos dicen quién debe recoger la cuota... Al principio no queríamos, pero con las amenazas, pues tuvimos que aceptar y ahora somos quienes recogemos el dinero y hasta convencemos a los compañeros que se atrasan o se rehúsan a pagar... Todo por nuestra tranquilidad” (Testimonio de vendedor de tacos, 23 de julio de 2022).

Y además de eso, el vínculo entre los operadores de la violencia y los vendedores ambulantes de las playas va más allá de esta “colaboración en la recolección”, pues los condiciona a estar disponibles cuando ellos los requieran: “Debemos estar listos por si persiguen a alguno, luego pasan corriendo y nos dejan las libretas o el celular cuando los han perseguido... ahí nos toca ocultarlos” (Vendedor de tacos 1).

Y cuando son convocados para una marcha o protesta, también ahí están: “Sí, claro, a veces nos dicen que tenemos que estar en el ayuntamiento o en ‘La Diana’ para protestar cuando han detenido a alguno de los líderes... pero de eso mejor ni hablar” (Vendedor ambulante 1). Lo que nos indica el grado de vinculación y sometimiento que se está generando entre prestadores de servicios, con un marcado temor a hablar de ello.

Visión crítica de la problemática de Acapulco en la actualidad. Conclusiones

Así factores como el turismo, la desigualdad y la violencia se entretajan en la realidad acapulqueña, provocando a la vez un caos social que poco a poco es visto con normalidad por algunos de los habitantes de esta ciudad.

Minimizan el problema de la violencia y los procesos de desigualdad o permisividad derivados del turismo y se refieren al problema de la ausencia del turismo internacional, por la existencia en el país de mejores lugares turísticos de sol y playa, como Cancún, ante el cual Acapulco no puede competir. Refieren que este cambio en la dinámica turística se suma a la constante migración de otras personas provenientes de otras regiones del estado de Guerrero, lo que provoca mayor competencia entre los trabajadores formales. Estas opiniones muestran la visión de un discurso hegemónico, en donde la culpa es ajena a un sistema que crea y fortalece destinos turísticos pensando en la rentabilidad del capital sin considerar las consecuencias que la decadencia de los lugares tendrá para los habitantes.

Una comparación entre la teoría y la realidad puede resultar compleja, especialmente cuando se trata de los testimonios de quienes viven y enfrentan diariamente en forma directa la violencia generada por algunos grupos del crimen organizado. Sus relatos muestran lo que implica vivir en una zona de riesgo, en donde no obedecer o aceptar las condiciones impuestas puede llegar a costarles la vida, y cómo, irónicamente, algunas personas deciden ingresar a estos grupos delictivos con tal de no perderla, es decir, para tratar de “mejorarla”.

La violencia, sin duda alguna, ha modificado sus formas de vida, pero a pesar de ello no todos son conscientes del cambio que se ha dado a partir de esto o prefieren normalizar la violencia. “La violencia, como le digo, estuvo muy fuerte; ahora ahí sigue habiendo, como en todo el país, todo el tiempo vamos a encontrar o vamos a oír de algún asesinato, no es solo un problema de Acapulco” (Prestador de servicios 2). Con ello parecen dar por hecho que es normal que todos los días asesinen a las personas..

Algunos ciudadanos hacen referencia al Acapulco de antes, aunque refieren que existe un ambiente más “tranquilo”: “Ya no es lo mismo

que hace 10 o 15 años que seguido encontraban cabezas o cosas así muy desagradables”, y aseguran reconfortados que “ya no es Acapulco el lugar más inseguro del país” (prestador de servicios 2). Esto puede estar relacionado con la forma en que los prestadores de servicios han aprendido a “hablar bien del destino”, para no ahuyentar al turismo, aunque ello implique una mentira para su propia tranquilidad.

Pero hay quienes se dan cuenta de los cambios a partir de la violencia que invade la ciudad, y que eso afecta principalmente a los comerciantes o prestadores, pero que finalmente como una inmensa ola alcanza a todos y al preguntarles ¿Qué tanto les ha afectado la violencia? Dijeron:

Antes cerrábamos más tarde, a las 8:00 o las 9:00 p. m.; ahorita tenemos que cerrar a las 6:30 o 7:00 p. m. por más [...] se cierra muy temprano y... ¿La violencia? Donde quiera, pero ahorita en la playa está peor. ¿Por qué? Porque ahorita a todos los vendedores, cuando tienen algún problemita, las “personas esas” se los llevan para presionar a las autoridades, y ahí andan marchando o haciendo plantones y tienen que ir, pues... toda la gente va arriada a la fuerza (Prestador de servicios 1).

Con ello se entiende que los cambios no están solo en sus dinámicas de trabajo, ya que implican también compromisos con los grupos delincuenciales que van más allá del pago de cuotas y que los coloca en una situación de riesgo tanto a los dueños de algunos negocios como a sus empleados.

Las condiciones en las que viven la mayoría de las personas de Acapulco: pobreza, marginación y precarización laboral, son factores que los llevan a buscar otras alternativas o bien aceptar condiciones de los grupos delincuenciales a fin de mantener sus negocios o empleos, aceptando la extorsión y todas sus condiciones. “Ahorita ya piden cuotas a todos, nadie está exento, pues saben que de negarse está en riesgo su negocio o la vida misma” (Prestador de servicios 1). Así propietarios y empleados viven con el temor de perder lo poco que tienen o de donde obtienen sus pocos ingresos, y asumen que parte de sus ingresos es para ello.

Acapulco, Guerrero, es una ciudad olvidada y desamparada por los diferentes gobiernos responsables de “el control, mando y seguridad”, y la

vida de los habitantes, independientemente de su actividad, ha cambiado en el clima de inseguridad que también afecta a los turistas. Y mientras los empresarios locales o de cooperativas subsisten con un turismo de menores ingresos, de nueva cuenta los empresarios de más capital buscan sortear las cosas y “ofrecen paquetes, en donde todo va incluido y esto hace que no compren nada a los vendedores que no trabajan en estos hoteles” (Prestador de servicios 1). De hecho, están en Acapulco sin visitarlo, en una ruta aeropuerto/hotel/aeropuerto.

Otra situación que se agrava con la presencia de los grupos delincuenciales es que los trabajadores de la industria turística o prestadores de servicios informales asumen el compromiso de que “al cliente lo que pida”, por lo que están dispuestos a satisfacer los deseos de sus clientes a cualquier costo. Esto ligado a la historia de permisividad que ha propiciado que en el puerto la libertad sea total, donde los turistas pueden hacer lo que quieren, y que fue lo que favoreció la expansión del turismo sexual en Acapulco desde los 90’s, o en los excesos de los spring break y la venta de droga en las playas. Y ellos mismos refieren que es común: “Ahora cualquier cliente llega y te pregunta: ‘¿Dónde puedo conseguir droga?’ o ‘¿dónde pueden conseguir sexo?’” (Prestador de servicios 1).

Y mientras el turismo decae, “los trabajadores se hacen viejos y no tienen ni seguro ni nada, ahí se acaban, pero no tienen ningún beneficio de préstamo; quizá ello obliga a que algunos compañeros le entren a ciertas cosas para mejorar sus ingresos [...] y otros, además de ser meseros, venden droga” (prestador de servicios 1). De esta manera, las condiciones de vulnerabilidad laboral generan el contexto propicio para que esta fina línea entre las actividades lícitas e ilícitas se desdibuje y participen de actividades ligadas a los generadores de violencia.

Estos hechos cuestionan el papel asumido por las autoridades: “Lo que ahora vemos que está pasando en Acapulco nos parece grave: hay una ausencia del Estado. De pronto sí grupos del crimen organizado controlan territorios dentro del municipio y ahí los impuestos los cobran ellos. Sí, la seguridad la proveen los criminales. Si los ciudadanos rinden cuenta a los criminales, estamos hablando de una ausencia del Estado en esos espacios” (De Dios Palma, 2022).

Esta ausencia de quien debiera garantizar la seguridad da libertad de operación a los integrantes de los grupos del crimen organizado: “[...]”

en este momento los comerciantes en Acapulco están entre la espada y la pared. Que, si los pones a decidir, van a decidir colaborar con los delincuentes porque están solos, sin la ayuda del Estado” (De Dios Palma, 2022). Existe desconfianza para hacer denuncias con “las autoridades”, ya que en muchas ocasiones están coludidos con los criminales.

Este entretejido de situaciones desde la historia del despojo de los habitantes, la invasión de la industria turística (y todo lo que esta con trae) y el caos generado por los grupos del crimen organizado son parte de estas olas de violencia, ya sea esta sistémica, estructural o directa, visible o invisible.

Son las diferentes formas en que esta agresión se manifiesta en los habitantes de Acapulco, Guerrero, que están en condiciones de desigualdad económica y social, en donde han sido golpeados principal e históricamente por cualquier tipo de violencia y en donde poco o nada les interesa a las autoridades correspondientes resolver o atenuar estos golpes violentos contra la gente más afectada y de clase social baja, porque al mismo tiempo necesitan de ellos para hacer el trabajo ilegal y seguir teniendo mano de obra barata. De tal manera que quienes se benefician o tienen algún interés económico o de cualquier tipo seguirán utilizando la violencia como su mejor herramienta para seguir provocando diferentes olas de violencia en la sociedad.

Referencias bibliográficas

- Aguilar Valenzuela, R., & Castañeda Gutman, J. G. (2012). *Los saldos del narco: el fracaso de una guerra*. Santillana Ediciones Generales.
- Bergman, M. (2016). *Drogas, narcotráfico y poder en América Latina*. Fondo de Cultura Económica.
- Carrión Mena, F. (2008). Violencia urbana: un asunto de ciudad. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, 34(103), 111–130. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612008000300006>
- Cuevas Moctezuma, M. E. (2005). *Opinión del turista nacional sobre los vendedores en las playas del puerto de Acapulco* [Tesis de maestría, Universidad Autónoma de Guerrero].

- De Dios Palma, A. (2022, 20 de mayo). La violencia en Acapulco es por la ausencia del Estado. *Amapola. Periodismo transgresor*. <https://amapolaperiodismo.com/2022/05/20/la-violencia-en-acapulco-es-por-la-ausencia-del-estado/>
- Espino, D. (2012). *Acapulco dealer: Crónicas de la narcoviencia en Guerrero*. Universidad Autónoma de Guerrero.
- Espino, D. (2021). *Acapulco killer: Crónicas desde el paraíso perdido*. Grijalbo.
- Fernández-Montesinos, F. A. (2017, 13 de diciembre). *Recensión del libro “Historia del narcotráfico en México” de Guillermo Valdés Castellanos*. Instituto Español de Estudios Estratégicos. <https://n9.cl/bdjsx5>
- Foucault, M. (2019). *Microfísica del poder* (2ª ed.). Siglo XXI Editores.
- Fromm, E. (2015). *¿Tener o ser?* Fondo de Cultura Económica.
- González Hernández, G. M. (2015). *(In)seguridad humana: Elementos mínimos para discutir*. CIUDADES, 2–8.
- Gracida Gómez, R. (2021, 6 de agosto). Vive 66.4% de los guerrerenses en la pobreza; son 2 millones 363 mil 188. *El Sur*.
- Hernández, E. (2022, 23 de julio). Casi un mes sin agua en colonias de Acapulco. *El Sol de Acapulco*. <https://www.elsoldeacapulco.com.mx/local/casi-un-mes-sin-agua-en-colonias-de-acapulco-8637167.html>
- Illades, C., & Santiago, T. (2019). *Mundos de muerte: Despojo, crimen y violencia en Guerrero*. Gedisa.
- Infobae. (2021, 6 de enero). El día que Acapulco se sumió en el terror de la violencia: dos cabezas clavadas en la reja de una dependencia oficial. *Infobae*. <https://www.infobae.com/america/mexico/2021/01/06/el-dia-que-acapulco-se-sumio-en-el-terror-de-la-violencia-dos-cabezas-clavadas-en-la-reja-de-una-dependencia-oficial/>
- López Velasco, R. (2009). *El desempleo en el puerto de Acapulco*. En *Los retos del desarrollo en Acapulco* (pp. 91–99). Unidad Académica de Desarrollo Regional, Universidad Autónoma de Guerrero.
- Maldonado Gutiérrez, L. F. (2009). *Estado, globalización y derechos indígenas: Una mirada a la situación de los pueblos indígenas en México*. Instituto Interamericano de Derechos Humanos, 379–436.
- Márquez Covarrubias, H. (2013). Malestar en la cultura: Hegemonía neoliberal, indignación y cambio social. En R. Delgado Wise & H.

- Márquez Covarrubias (Eds.), *El laberinto de la cultura neoliberal: Crisis, migración y cambio* (pp. 113–144). Miguel Ángel Porrúa.
- Márquez Covarrubias, H., Delgado Wise, R., & García Zamora, R. (2012). Violencia e inseguridad en México: Necesidad de un parteaguas civilizatorio. *Estudios Críticos del Desarrollo*, 2(3), 167–197.
- Padilla y Sotelo, L. S., De Sicilia Muñoz, R. A., & Ángeles Dorantes, A. (2021, 8 de noviembre). *Desigualdad en la ciudad puerto de Acapulco a partir de la medición del bienestar social ante la pandemia de COVID-19*. Repositorio Universitario IIEC. <https://ru.iiec.unam.mx>
- Pardo Veiras, J. L. (2016, 7 de septiembre). México cumple una década de duelo por el fracaso de la Guerra contra el Narco. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/es/2016/09/07/espanol/opinion/mexico-cumple-una-decada-de-duelo-por-el-fracaso-de-la-guerra-contra-el-narco.html>
- Quintero Romero, D. M. (2017). Acapulco, de destino turístico a una ciudad de riesgo. *Debate*, 6(16), 23-30.
- Raziel, Z. (2021, 28 de junio). Guerrero: violencia y pobreza en el contexto electoral. *Animal Político*. <https://www.animalpolitico.com/2021/06/guerrero-violencia-pobreza-eleccion-acapulco/>
- Tejado Dondé, J. (2021, 1 de mayo). Por inseguridad, empresarios quieren partir Acapulco en dos. *El Universal*. <https://www.eluniversal.com.mx/opinion/javier-tejado-donde/por-inseguridad-empresarios-quieren-partir-acapulco-en-dos>
- Toribio Brito, G. E., & López Ríos, A. (2015). *La perspectiva del agua en Guerrero: Limitaciones y retos para el desarrollo*. Redalyc. <https://www.redalyc.org/pdf/2631/263139243065.pdf>
- Valenzuela Valdivieso, E., & Coll-Hurtado, E. (2009, 30 de septiembre). *La construcción y evolución del espacio turístico de Acapulco* (México). Dialnet. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3345378>
- Vázquez Valdez, J. (2017). Intervencionismo y violencias sistémicas, resortes de la problemática asociada al narco. *Debate*, 6(16), 15-22.
- Zizek, S. (2009). *Sobre la violencia: Seis reflexiones marginales*. Paidós.